

les toma parte Robespierre casi lo llevan a la guillotina, de la cual se libra sólo cuando logra probar que nada tiene que ver con la traición de Dumouriez.

Y por fin pasa a América, en donde comienza a realizar todos aquellos sueños que han agitado su corazón. Pero su estrella se nubla en estas tierras en cuya libertad vivió obsesionado. Lo derrota Monteverde, aquel general canario que no tenía mayores conocimientos del arte de la guerra. En medio de aquella tormenta de ambiciones de libertad, de locas y absurdas equivocaciones, el propio Bolívar creyéndolo traidor lo toma prisionero. Y cuando Monteverde se apodera de Puerto Cabello, Miranda está en prisión. De ahí lo mandan a Puerto Rico y finalmente a Cádiz. Es, como dice Dietrich: el águila con las alas rotas que ya no podrá volver a alzar su portentoso vuelo.

El libro ha sido traducido al español, por Manuel López-Rey y Enrique Blanco.—LUIS DURAND.



BOULDROUD, cuentos por *Teófilo Cid*. Ediciones «Mandrágora», 1942

<https://doi.org/10.29393/At202-17BOAT10017>

La nueva prosa chilena—cuento, novela—ha seguido dos vías bien marcadas: Una de tipo social, otra de tipo criollista. Para el conocedor de nuestra literatura no sería cosa de acertijo aislar a los cultores de una u otra doctrina. No nos hemos propuesto tarea semejante. A lo sumo, la de señalar las características dominantes del cuento, de la novelística chilenos. Sin embargo, no podríamos otra cosa que reconocer la estrechez, la limitación, lo mezquino en variedad de aspectos que la anterior observación implica.

La obra de Teófilo Cid, y primigenia, viene, pues, a romper esa estrechez, a extender y profundizar aquellos reducidos

límites, a enriquecer aquella caja de pobreza. A confirmar, en suma, la existencia de una nueva dimensión literaria.

Sus cuentos no son simple anécdota. No afectan la fácil estructuración de una literatura realizada por y para ojos blandos quebradizos. Es verdad que en la lectura de ellos surgen imágenes, hechos y formas, fenómenos todos que constituyen el teatro, el aparato privativo de una literatura corriente. Si nos detuviésemos en esa linde, sería permanecer totalmente ajenos al espectáculo, a lo entrañable del espectáculo que «Bouldroud» nos ofrece. Porque, en cada una de las composiciones que informan su volumen, existe no solamente un alma incontenida, de sensibilidad ligera. Alienta, además, en ellas, un cerebro activísimo y sabio, cerebro que levanta sus construcciones a conciencia, en posesión de un cabal conocimiento de las trabazones literarias y psicológica. De modo que la piel visible de estos cuentos no es más que una derramada pasta lumínica, un sostenido sistema de fulgores que anuncia e indica la suerte de labor subterránea, o más claramente, subjetiva, que el autor lleva a efecto.

No ha hecho él concesión alguna a los credos más en boga. Pudo hacer ese criollismo barato, más que menos inclinado a una especie de propaganda turística. Pudo haber falseado su condición de escritor y retratar huasos de alones sombreros, con mantas multicolores y sonantes espuelas... pero sin alma. También pudo mostrarnos la cara superficial y denigrante de nuestra existencia colectiva.

Ello hubiese sido lo más hacedero y camino expedito para alcanzar la fama o la gloria de ciertos medios artísticos.

Teófilo Cid prefirió la vereda que lleva a lo difícil, a lo obscuro. Quiso enfrentarse a una labor profética a su modo. Preludiar la implantación de un nuevo dominio literario. Dominio de aire más complicado y más fuerte. Un aire cargado de elementos puros. Fulminantes.

No es posible entrar, así como así, al recinto privado, al ámbito enrarecido de cada uno de estos relatos. Para hacerlo con fortuna, es indispensable poseer una excelente máquina torácica. Estar acostumbrado a las respiraciones plutonianas y celestes. Tirar el traje de escamas, de duras escamas, con que la civilización ha querido transformarnos en peces de jabón o de aceite. Habría que resistir una profunda hora de autopenetración ante un espejo, para triunfar de estos relatos.

Ese adiestramiento nos permitirá entender y comprender la naturaleza, el fondo de estas páginas. Somos, en la vida cotidiana, un piso más o menos brillante, una cubierta más o menos lavada. Mas toda casa cuenta con la sombría cavidad de un sótano, Y cada barco lleva oculta, muy oculta, su centina.

Teófilo Cid, en este su libro, a gran abundamiento, ha explorado aquel sótano, aquella sentina de los hombres. Ha puesto a contribución, en la peligrosa faena, un conocimiento completo y acucioso de la creciente ciencia psicológica, de sus disciplinas derivadas o asociadas. Y un estilo liviano y penetrante.

Repitémoslo: Teófilo Cid confirma con «Bouldroud», la presencia de una nueva dimensión literaria. Poco conocida. Tal vez ignorada. Y, desde luego, rica.

La obra de Cid es de sumersión, de recta bajada al fondo caudal de los instintos primarios, de los deseos reprimidos e inconfesables. Sus personajes, casi todos ellos tejidos de materiales fosforescentes, encarnan o un deseo de vuelta a los estratos primitivos del ser, en donde había de labrarse una nueva piedra moral, menos complicada, más bárbara, pura, en fin, o un profundo anhelo sideral, un himno de libertad en medio de este mundo putrefacto que agoniza. Un canto de libertad elaborado con los mismos elementos que son el pan y la leche, y el vino y el oro de aquellos aeróstatos que todavía esperan evitar la caída (léase el cuento «Chancho burgués») de este templo del mundo actual, ya inútil y de cuyas columnas echó ga-

rra la sabia mano del destino histórico que, como Sansón, el vengativo destructor, en este caso, es ciego.

«—Sí, eso soy yo, un puerco infernal, agitado en la charca de mis propios hedores, hundido en la trama viciosa de mis propios deseos, sin que nada, ni siquiera el último resplandor de una voluntad desfalleciente me comuniqué un hábito humano, un gesto espiritual». «Ni una madre, ni una mujer, ni un amigo. Nada, nada, nada. Puros afanes, sudores congestionados y dinero, dinero. Nada, ni siquiera un atardecer tranquilo. ¿Amor? Tampoco».

Así piensa y dice el personaje más logrado y trascendental de este libro.

Leer «Bouldroud»—piensa el que escribe este comentario—es entonar una oda libertaria, una oda compuesta de los elementos más sombríos del alma humana.

Leído el libro, nos sentiremos o buenos o perversos.

Ese es el riesgo.—ALDO TORRES PÚA.